

nicado antes, y con las del duque de Gramont sobre la eleccion inadmisibile de príncipes de casas reinantes en casos anteriores, se vé luego que el baron de Mercier tenia sus instrucciones completas sobre lo que podia decir y no podia decir, evitando siempre el hablar en nombre del emperador. Si él mismo hubiese hecho todas sus objeciones contra Hohenzollern en nombre del emperador y hubiese recomendado la eleccion de Montpensier en nombre del mismo, se habria apresurado Prim á dejar correr la candidatura del primero y hubiera apoyado la del segundo (1); pero entonces la cuestion del trono de España no habria servido al emperador de pretexto para una guerra; y si se supone que el gabinete del emperador hubiese querido impedir simplemente la eleccion del candidato prusiano, le habria sido facilísimo hacerlo, por léjos que hubiese ya llegado el asunto, ya desde el 11 de junio, en que Prim pronunció su discurso en las cortes, ó por lo menos desde la noche del 3 de julio, en que llegó á Paris la notificacion de Mercier; pues que con una sola palabra oficial de protesta enviada por la noche del 3 ó el 4 de julio telegráficamente á Madrid, con ó sin la recomendacion de Montpensier, habria quedado ahogada la candidatura del Hohenzollern antes de ser oficial. Es sorprendente que Mercier no tuviera instrucciones para protestar contra esta candidatura y mas sorprendente es que en lugar de dirigir la Francia su protesta á donde debía dirigirla en seguida, tomase disposiciones contrarias á todos los usos internacionales.

Despues de haber aguardado los ministros en Madrid todo el dia 4 de julio para ver si llegaba algun indicio de parte de Napoleon, reuniéronse por la noche en hora muy adelantada bajo la presidencia del regente Serrano y resolvieron proponer á las cortes, que se convocarian para el 20 de julio, la eleccion del príncipe de Hohenzollern para rey de España. Con esta resolucion adquirió la citada candidatura valor oficial; y si el emperador hubiera tenido la misma opinion que su embajador, sin segunda intencion, habria sido natural que hubiese protestado al instante. Verdad es que los ministros habian convenido en que la candidatura quedaria secreta hasta la reunion de las cortes, y entonces tenia el emperador desde el 4 de julio hasta el 20 tiempo sobrante para protestar en Madrid. Pero en lugar de dirigirse confidencialmente á Prim y al príncipe para impedir la eleccion de éste sin dar lugar á una guerra, y en vez de valerse de la intercesion de potencias amigas, procurando emplear todos los medios pacíficos para lograr su intento, Napoleon se dirigió á una tercera potencia que ninguna responsabilidad tenia en lo que hacian los españoles ni su candidato. El duque de Gramont no dirigió ni una palabra á Prim ni á su gabinete, y dice en su libro que en Madrid habia solo la posibilidad de la eleccion del Hohenzollern, y aunque la Prusia estaba segura del voto favorable de las cortes, no se habia pronunciado todavía tal voto. Por otra parte, dice el mismo ministro, no podia convenir al gobierno imperial contrariar una manifestacion de la voluntad nacional del pueblo español; pues semejante ingerencia habria herido á la España y habria dado lugar á otra cosa distinta de la que nosotros buscábamos. Para no ofender el sentimiento nacional español, habria bastado un simple aviso confidencial á Prim, y todo aquel proyecto de eleccion habria quedado enterrado para siempre, sin que el mundo hubiese tenido conocimiento de él.

En lugar de contestar el duque de Gramont á la pregunta

(1) Prim pensó en la candidatura del príncipe de Hohenzollern, pero nunca estuvo dispuesto á apoyar la del duque de Montpensier. Esto nos consta. (N. del T.)

hecha por Prim al embajador francés, dirigióse simultáneamente á la prensa y á Berlin.

El mismo 3 de julio, domingo, fué comunicada á la agencia Havas la noticia, en parte prematura y en parte falsa, de que el gabinete de Madrid habia decidido ofrecer al príncipe Leopoldo de Hohenzollern la corona de España, y que estaba ya en camino una comision que debía entenderse con él. En la tarde del mismo dia se entregó á la redaccion del *Constitutionnel* una nota semi-oficial que daba literalmente la misma noticia, añadiendo que, guardando todo el respeto debido á la soberanía del pueblo español, no podia reprimirse un sentimiento de asombro al ver que el cetro de Carlos V se confiara á un príncipe prusiano, nieto de una princesa de la familia Murat, cuyo nombre iba unido en España á recuerdos tristísimos (2).

A la misma hora se telegrafió á Lesourd, encargado de negocios de Francia en Berlin: «Nos acaban de decir que una comision enviada por el mariscal Prim ha ofrecido la corona de España al príncipe de Hohenzollern y que éste la ha aceptado. No tomamos esta noticia en serio y creemos que la nacion española la rechazará; no obstante no podemos mirar sin sorpresa que un príncipe prusiano trate de sentarse en el trono de España. Quisiéramos creer que el gabinete de Berlin nada tiene que ver con esta intriga, pues en caso contrario nos daria su conducta motivo á reflexiones demasiado delicadas para que yo pueda comunicárselas telegráficamente. Con todo, no le oculto que la impresion es mala y le invito á usted á hablar en este sentido.»

En 4 de julio comunicó el francés Lesourd al secretario del ministerio de Negocios extranjeros en Berlin las noticias que se le habian telegrafado, y el secretario le contestó: «La eleccion de un soberano al trono de España es una cuestion en que nada tiene que ver el gobierno de Prusia, el cual por lo mismo nada tiene que decir respecto de esto; pero en mi opinion los hombres de Estado de España y el pueblo español tienen el derecho de ofrecer la corona á quien les parezca bien, y el aceptar ó rehusar el ofrecimiento corresponde únicamente á aquel á quien se le haya hecho (3).» El embajador prusiano en Paris oyó de parte del duque de Gramont, en presencia del ministro Ollivier, aquel mismo dia un largo discurso sobre la impresion penosa que el mismo asunto habia causado al emperador; á lo cual contestó dicho embajador que, ignorando todo el asunto, solo podia prometer comunicarlo personalmente á su soberano, que á la sazón habia llegado á Ems.

Entretanto el telégrama de la agencia Havas del 3 de julio y la nota del *Constitutionnel* del 4 habian excitado un clamoreo general en la prensa y en el público político de Francia, y el dia 5 presentó el diputado Cochery con cuatro co-firmantes la mocion siguiente en el cuerpo legislativo: «Deseamos preguntar al gobierno respecto de la candidatura de un príncipe de Hohenzollern para el trono de España.»

Como el mundo ignoraba los planes belicosos del emperador y su conspiracion con el Austria y la Italia, y como tampoco sabia que al emperador no le habia cogido de nuevas dicha candidatura, se creía generalmente que la intencion de Napoleon era imposibilitarla haciéndola pública; si bien esto era del todo supérfluo, pues no se necesitaba poner en movimiento toda la prensa y el parlamento para prohibir á la España impotente la eleccion de un rey que no conviniera á Napoleon. Sin embargo, aun alborotadas la opi-

(2) Hirth: *Diario de la guerra franco-prusiana*, tomo I, págs. 10 á 20.

(3) Estas son literalmente las propias palabras del secretario, como constan en el despacho de lord Loftus del 6 de julio de 1870. Véase: *Recueil des traités et pieces diplomatiques concernant la guerre franco-allemande*, tomo I, Paris, 1873, págs. 26 y 27, del conde de Angeberg.

nion pública y la prensa, esta cuestion no podia ser origen de una guerra si el gobierno francés hubiese querido evitarla, pues que dependia todo de la contestacion que hubiese dado á la pregunta de Cochery.

Sobre esta contestacion se consultaron los ministros en Saint-Cloud por la noche del 5 de julio antes y despues de la comida, segun lo ha dicho en mayo de 1874 un correspon-

sal muy bien enterado de la *Independencia belga*, que publicó en 4 de mayo de 1874 la noticia, con el título de: *Una página de historia*. Segun este corresposnal, perfectamente enterado, dominó en dicho consejo la opinion de tratar este asunto pacíficamente, respondiendo en el parlamento á la pregunta anunciada en términos de impedir la eleccion de un príncipe prusiano sin hacer peligrar la paz, cosa muy fá-



La emperatriz Eugénia
(segun una litografía de Leon Noel, copia del cuadro de Francisco Javier Winterhalter)

cil si se daba á entender y declaraba con decision, pero cortésmente, que la poderosa Francia deseaba que no se realizase la mencionada eleccion. Este deseo habria sido una orden para los españoles y para el candidato, y con esta idea fué redactada y aceptada por el consejo la contestacion debida á Cochery, en estos términos: «Es verdad que el mariscal Prim ha ofrecido la corona de España al príncipe Leopoldo de Hohenzollern y que éste la ha aceptado; pero el pueblo español no ha dado aun su voto, y el gobierno no conoce todavía los pormenores de esta negociacion, que se le han ocultado. Por lo mismo, un debate sobre esta cuestion no podria conducir á ningun resultado práctico, por cuyo motivo suplicamos que se aplace.»

»No hemos cesado de mostrar nuestra simpatía al pueblo

español y de evitar hasta la apariencia de una intervencion en los asuntos interiores de una noble y grande nacion que está practicando su derecho soberano. Continuaremos esta conducta; pero contamos con la sabiduría del pueblo alemán y con la amistad de España para que se abandone un plan que conduciria nada menos que á la destruccion del equilibrio europeo con daño de nuestros intereses.»

Se vé que este lenguaje habria sido muy claro sin ser brutal y que habria salvado el interés de la Francia y su libertad para resolver mas adelante. Así se hubiera tratado el asunto como asunto español, sin comprometer en él á un tercero como la Prusia. A haberse adoptado esta contestacion, se habrian recibido al cabo de pocas horas en Paris dos telégramas, uno del gobierno español y otro del candidato in-

aceptable para la Francia, renunciando á la citada candidatura, y no habria habido guerra.

Sin embargo, cuando por la mañana del 6 de julio volvieron á reunirse los ministros en Saint-Cloud para dar la última mano á la redaccion de la contestacion, admitieron con algunas modificaciones insignificantes las primeras frases; pero al llegar al párrafo en que el gobierno declaraba sus simpatías, tomó el emperador la palabra, pidiendo que se añadiera: «No hemos salido de la neutralidad mas rígida respecto de los varios candidatos al trono de España y no hemos mostrado ni preferencia ni disgusto tocante á ninguno.» Contra esta adición nada tuvo que decir el consejo, mas no sucedió así con la siguiente, que propuso el emperador para el último párrafo, la cual con gran sorpresa de los ministros decia así:

«Continuaremos en esta conducta, pero no creemos que nuestro respeto á los derechos de una nacion vecina nos obligue á tolerar que una potencia extranjera haga peligrar el equilibrio actual de las potencias europeas y ponga en cuestion los intereses y el honor de la Francia.» El mencionado corresponsal dice que el emperador presentó esta adición diciendo que la declaracion debía ser mas enérgica que la propuesta por los señores Gramont y Ollivier. Este último dijo que era enteramente de la opinion del emperador, porque un lenguaje enérgico del gobierno imperial aseguraria la paz, y pidió que se añadieran despues de las palabras «una potencia extranjera» estas otras: «pusiese en el trono de Carlos V á uno de sus príncipes.»

Esta añadidura, robustecida todavía mas por las últimas palabras, fué simplemente el paso del Rubicon. Hasta entonces no se habia mencionado potencia extranjera alguna, ni menos que ninguna de ellas tuviese que ver en la candidatura, conforme fué negado tambien tanto en Madrid como en Berlin. El embajador de Prusia habia prometido informarse respecto de esto personalmente del monarca, al que debía hablar en Ems, donde el embajador debía hallarse en aquellos momentos, si no se hallaba ya de regreso en su puesto de Paris. Si, pues, sin esperar á este diplomático y oírle se daba la citada contestacion en el cuerpo legislativo, se heria la susceptibilidad del rey de Prusia de la manera mas indigna, acusándole si bien sin nombrarle ante el mundo de ser el autor de toda la intriga. Los ministros reunidos en Saint-Cloud comprendieron lo dicho, pero no se atrevieron probablemente á declarar ante el emperador su opinion. El ya citado corresponsal dice sobre esto que los ministros, hablando sucesivamente, aprobaron la redaccion del citado párrafo enmendado en esencia, pero adujeron todas las razones para no proceder con demasiada temeridad y propusieron conservar el proyecto primero, ya que éste no era obstáculo á que mas adelante se hiciera una declaracion mas fuerte si fuera menester. Uno de los ministros, dirigiéndose al mismo emperador, dijo que el terreno estaba ardiendo y que era peligroso jugar con fuego; mas el emperador insistió en que se aceptara su redaccion y los ministros la adoptaron, si bien con cierto presentimiento vago. A propuesta de Gramont se admitió esta nueva adición final: «Este caso esperamos con seguridad que no se presentará.» Otro ministro propuso añadir todavía estas palabras, tomándolas del primer proyecto de contestacion: «Para evitarlo contamos igualmente con la prudencia del pueblo alemán y la amistad del pueblo español.» Sobre esto hubo una discusion larga, apoyando los ministros la adición y diciendo el emperador que era superflua; pero fué adoptada, y entonces Napoleón propuso añadir todavía estas palabras: «Si no fuese así, fortalecidos con vuestro apoyo y el de la nacion sabríamos cumplir nuestro deber sin vacilacion ni debilidad.»

Sobre esta otra adición hubo nueva y viva discusion; va-

rios ministros la encontraron temeraria, si bien creían que no podría dar lugar directamente á la guerra. Todos los ministros comprendian que en ella existia el verdadero peligro; y solo despues que el emperador hubo declarado con decision y firmeza que no cambiaria de opinion, tuvieron la debilidad y la sumision de aceptar la redaccion propuesta, que cerró la puerta á toda solucion pacífica. En efecto, las dos adiciones hechas por el emperador significaban la guerra; era la una un reto al rey Guillermo y la otra un insulto grosero. Lo que acabamos de decir sobre la formacion de la declaracion del 6 de julio envolvia la parte de la revelacion del mes de mayo de 1874 que aun merece crédito hoy, cuando sabemos ya todo lo que pasó. Menos creible parece lo que dice el citado corresponsal asegurando que por la noche del 5 de julio el emperador tenia intenciones tan pacíficas como todos sus ministros; que al dia siguiente habia asombrado á todo el consejo de ministros con su actitud belicosa, y que este cambio fué resultado de una conversacion que habia tenido con la emperatriz, la cual, despues de la retirada de los ministros por la noche, habia llenado de ideas belicosas el espíritu de su esposo.

Sabido es que la emperatriz tuvo desde su regencia de 1865 mas influencia en los negocios políticos que todos los ministros juntos, y tambien se sabe que empleó esta influencia desde 1866 en excitar á la guerra contra la Prusia, guerra á la cual llamaba «mi pequeña guerra,» por creerla indispensable para la conservacion de la casa imperial. Pero los que sabemos la conspiracion del año 1869, las ideas de desarme de 1870 y la conducta del duque de Gramont tocante á la eleccion de un rey de España desde el 3 de julio, no podemos creer que la influencia de la emperatriz hiciera cambiar las ideas del emperador en la noche del 5 al 6 de julio en el sentido de la guerra. En semejante cambio súbito podian creer los ministros que no estaban iniciados en el plan hasta entonces invisible, no el duque de Gramont en todo caso, que estaba perfectamente enterado desde un principio y que tuvo buen cuidado de dejar al emperador toda la responsabilidad en el asunto. El corresponsal del diario belga era uno de los que no estaban en el secreto y naturalmente el duque de Gramont no tuvo el menor interés en abrirle los ojos.

Respecto de Ollivier dice el mismo corresponsal que en la citada sesion del consejo de ministros fué el que actuó de secretario, y habiendo el consejo aceptado la redaccion final, sacó una copia en limpio que entregó al duque de Gramont, el cual con ella partió de Saint-Cloud á la una de la tarde para leerla en el cuerpo legislativo. Allí se presentó á las cuatro menos cuarto, cuando justamente se acababa de abrir la sesion, y se le escuchó con indecible interés hasta el párrafo en que se dirigia indirectamente á la potencia extranjera. Entonces estallaron aplausos tempestuosos, que se repitieron cuando la contestacion mencionó la dignidad y los intereses de la Francia. Al final se repitieron tres veces los aplausos, en los cuales pareció tomar parte toda la cámara. El *Gaulois* dijo al relatar esta sesion: «Ya no hubo ni izquierda ni derecha, ni centro: solo hubo franceses en toda la cámara; toda ella se puso en pié y aplaudió dando palmadas, y lo mismo se hizo en las tribunas; las señoras agitaban los pañuelos y los hombres daban vivas. La agitacion fué indescriptible.» La extrema izquierda no participó de este júbilo; Glais-Bizoin y Cremieux protestaron contra la declaracion de guerra que acababan de oír, segun decian; pero Ollivier les contestó: «El gobierno quiere la paz, la quiere con pasion pero con honra. Suplico encarecidamente á los miembros de esta asamblea y suplico á la nacion que no crean que asisten á preparativos ocultos para una accion á la cual queramos llegar

por sendas tortuosas. Manifestamos nuestra idea entera y es que no queremos la guerra, que solo queremos nuestra dignidad. Si llega el dia en que creamos la guerra inevitable, no la comenzaremos sin haber pedido y obtenido vuestro consentimiento.»

Despues de esta sesion, telegrafió Ollivier al emperador: «Señor: La declaracion ha sido recibida en la cámara con emocion y aplausos inmensos. Hasta la izquierda ha declarado, á excepcion de un pequenísimos número, que queria apoyar al gobierno. En el primer instante fué el movimiento mas allá de la meta, pues se dijo que esto era una declaracion de guerra; pero yo he aprovechado una expresion de Cremieux para restablecer las cosas en su verdadero lugar, porque no he querido permitir que se nos acusara de querer la guerra impremeditadamente, y he dicho que solo queríamos la paz con honra. En el exterior es grande tambien la excitacion, pero esta excitacion es caballeresca y patriótica. Hay corazon en este pueblo (1).»

En Francia se ha aprovechado este telegrama para probar que Ollivier quiso sinceramente la paz; pero en realidad solo prueba que Ollivier no quiso sino evitar el cargo de haber roto intencionalmente la paz; porque debía saber que el emperador queria provocar la guerra con Prusia bajo este pretexto de España, solo que queria que fuese el rey Guillermo quien la declarara. Creer otra cosa seria suponer que Ollivier no sabia lo que decia ó escribia cuando usaba las palabras guerra y paz.

Debilísima fué la contradiccion que el gobierno encontró en la cámara, pero fuera de ella y en la prensa no se oyó contradiccion ninguna; todos los periódicos, de todos colores y partidos, aplaudieron la declaracion del gobierno, que les parecia el primer toque de corneta para la guerra de desquite tan deseada; y esto es lo que quiso el gobierno, á pesar de sus tentativas posteriores para negar ó solamente oscurecer lo que la prensa hizo entonces para desgracia de la Francia. Entonces exclamó *Le Gaulois*: «Se ha salvado el honor (2). Hoy, por primera vez desde el 23 de febrero, ha usado el ministerio el único lenguaje digno de un gabinete francés y digno del país que le escuchaba. Si hubiésemos sufrido este último ultraje no habria habido mujer en el mundo que hubiese aceptado el brazo de un francés. Hoy se ha salvado el honor. Tanto mejor si puede salvarse la paz; pero si la guerra resulta consecuencia de la complicacion Prim-Bismarck, tanto mejor tambien.» *Le Correspondent* dijo: «El señor de Bismarck tiene evidentemente el plan de restablecer el antiguo poder de la casa de Austria en beneficio de su país. La Francia, impotente y encerrada por todas partes en una red indestructible, no habria tenido mas remedio en su humillacion que morir asfixiada entre el Rhin, los Pirineos y los Alpes. Por eso somos de aquellos que aplauden la actitud del gobierno. Hacía demasiado tiempo que nuestra complacencia servia al engrandecimiento de otros. El corazon queda aliviado de un peso cuando nos sentimos otra vez franceses. Todas las almas patrióticas han saludado como la cámara la declaracion del poder, porque han encontrado en ella el tono antiguo del orgullo nacional. Se comprende el estallido en vista de ciertos ultrajes, y teniendo presente que los sentimientos que ahora han hecho explosion estaban comprimidos desde hace cuatro años en todos los corazones, no se extrañará que el gobierno mismo haya sido arrebatado por el ardor general.» El periódico *Le Soir*, hasta entonces siempre del lado de la izquierda, expresó su vivo sentimiento de que esta vez tuviera que separarse de ella, diciendo

que Cremieux, Glais-Bizoin y Arago estaban en el error, porque el primer deber de una oposicion liberal en Francia era marchar de acuerdo con el sentimiento nacional; y añadió: «Es injusto y anti-nacional contrariar la marcha de un gobierno cuando este gobierno parece decidido á tener enhiesta y firme la bandera que se le ha confiado. En esta clase de ataques no encontrará la oposicion correspondencia en nuestro suelo. Estos ataques son errores que dificultan su extension y que preparan los plebiscitos del porvenir.» En los *Ecos de la cámara*, de este mismo periódico, se decia: «Suceda lo que quiera, todo está perdonado. El periódico *Le Soir* lo ha dicho y los diputados presentes dicen: *Le Soir* tiene razon, hay que sostener á los ministros; el señor Ollivier y el señor Gramont son dos hombres de corazon que por fin han hablado en francés. Fuera de dos ó tres cosmopolitas (entre otros el señor Cremieux), todo el mundo está á favor del gabinete. Hasta en la izquierda se dice hoy como ayer que estos dos ministros han usado el único lenguaje que en semejante momento era honroso. Una palabra del gobierno, una señal, y toda la Francia se pondrá en movimiento, excepto el señor Garnier-Pages, el padre del pueblo. La izquierda se está suicidando hace dos dias. Que haga lo que quiera; todos los diputados, á excepcion de siete ú ocho, conocen su juego y dicen á todos francamente que la izquierda hubiera gritado ¡ignominia! si el ministerio hubiese cedido, y ahora que el ministerio no cede lo acusa de temeridad.» El *Figaro* tomó ya en consideracion el caso de que la Prusia cediera, y expresó en estas palabras la idea que era ya enteramente general: «En el caso de que la Prusia pruebe su inocencia y desmienta la candidatura del príncipe, entonces está la Francia en el derecho de pedir mas. El gobierno, engañado, burlado y befado por la Prusia, debe exigir garantías.»

En el *Constitutionnel* dijo Roberto Mitchel en 7 de junio: «Si, como todo lo hace suponer, el pueblo español rechazara voluntariamente el soberano que se le quiere imponer, no tendríamos ya nada que pedir del gabinete de Berlin.» A lo cual contestó Detroyat en el periódico la *Liberté*: «No pensamos como el *Constitutionnel*; creemos que á la Francia y á la Europa queda todavía el derecho de pedir al gabinete de Berlin garantías que le tengan bien encadenado;» y en 8 de julio escribió el mismo autor en el citado periódico bajo el título: *Acabemos*: «Es indudable que la vacilacion de la Prusia prueba que no cederá ante el temor. ¿Qué esperamos, pues? Tomemos una resolucion enérgica, que es lo único que corresponde á la Francia. Lo que hemos dicho ayer y diremos mañana, decimos tambien hoy: Acabemos.» Emilio de Girardin preguntó en el mismo periódico: «¿Y si los prusianos por no echar á perder la obra del señor de Bismarck no quisieran pelear? Pues bien, entonces les daremos con las culatas, y á culatazos les obligaremos á pasar el Rhin y á dejarnos la orilla izquierda.» Respecto de la magnitud de las garantías que la Francia pedia, se leía en el *Monitor* del 8 de julio: «Hace cuatro años que la Prusia abusa de la paciencia de la Francia y de la Europa; pero ahora ha pasado de la medida. Es menester ampliar la cuestion, y hoy ya no bastará la renuncia del príncipe; lo menos que debemos pedir, y lo que hoy nos satisfaria, es la ejecucion de la paz de Praga segun su letra y su espíritu, es decir, la independencia de los Estados de la Alemania del Sur, la evacuacion de la plaza de Maguncia, que pertenece al Sur, la renuncia de toda influencia militar al otro lado del Mein y el arreglo del artículo 5.º con Dinamarca.» *Le Pays*, el periódico del diputado Granier de Cassagnac, decia: «Ya están preparadas las horcas caudinas para la Prusia; los prusianos pasarán por debajo vencidos y desarmados, sin lucha, si no se atreven á

(1) Giraudeau: *La vérité sur la guerre de 1870*, pág. 27.

(2) Estas citas están tomadas de la obra de Giraudeau.